



El escritor y periodista Marcos Ordóñez, ayer, en una calle de Barcelona. / JUAN BARBOSA

MARCOS ORDÓÑEZ Escritor

“A partir de una edad, caminas en el presente y el pasado”

JACINTO ANTÓN. **Barcelona**
“No sé quién me dijo que las últimas palabras de Paul Claudel habían sido estas: ‘Doctor... ¿usted cree que habrá sido el salchichón?’”. “Me acuerdo de Ángel Pavlovsky, un rey de la comedia, una noche de otoño, a la salida del Capitol: ‘El otro día un espectador se fue a media función pero volvió a entrar porque lo de afuera era peor’”. “La última frase, tan proustiana de John Hurt antes de caer abatido por una bala en *Las puertas del cielo*, de Michael Cimino: ‘Qué curioso, el año pasado, por estas fechas, yo estaba en París’.

Recorre uno las entradas y las páginas de *Una cierta edad* (Anagrama), el diario que acaba de publicar Marcos Ordóñez, colaborador de EL PAÍS, en un feliz deambular entre variadísimos asuntos, personas (de Stendhal a Butch Cassidy) y estados de ánimo. Cada entrada es un descubrimiento, una causa de regocijo, de sonrisa, de meditación o de amable melancolía. Hay reflexiones, recuerdos, pasajes costumbristas —“los equipajes de las motos, también llamados cofres, parece que se hubieran inventado para apoyar la libreta y tomar notas por la calle”—, apuntes dignos del Woody Allen de *Cómo acabar de una vez con la cultura o Sin plumas* (“Adolfo Marsillach sale de su casa. Dos señoras comentan: ‘Ese es el padre de la hija de Adolfo Marsillach’”), historias más largas (la desternillante de Julia Gutiérrez Caba sobre uno de los momentos más difíciles de su carrera, representando una obra de Agatha Christie), efusiones (“¡Dios bendiga a James Salter!”) y anotaciones de cariz muy personal: “Sueño que viajó en el tiempo hasta el año 68 para follar con

El autor recoge en su dietario una miscelánea de temas y emociones

Su nuevo libro intenta entretenir y ofrecer “algo de humor y de belleza”

Emma Cohen (...) Un sueño estupendo, de los que no abundan”.

Ordóñez (Barcelona, 1957) está esperando en la puerta del bar para hablar de su libro. Luce una gorra de béisbol de los Yankees que le proporciona un aire a lo Harry Dean Stanton en *París, Texas*. Se apunta a pedir un oporto y cuando lo traen, entrechoca su copa lanzando su lema favorito (aparte del “dilo con firmeza pero finamente”, de Quintiliano), el brindis irlandés de John Huston: “Por el impulso”.

“En un libro como *Una cierta edad* cabe todo, casi”, señala. “Actualidad hay poca, porque se disuelve rápido. No es un diario teatral, aunque el teatro forma parte importante de mi vida y salé, claro”. El autor describe así lo que hay en su libro, confeccionado con “platos muy variados”: “Recuerdos, crónicas breves, apuntes al sesgo, microrrelatos, pequeños poemas, humoradas luminosas o bromas oscuras de la existencia”. Hay más: “El paso de la edad, el tiempo, cosas que te obsesionan”. Son todos textos escritos entre 2011 y 2016. Dice Ordóñez que en ellos acaso se encuentre su “esencia sin argumento”, su “voz hecha de muchas”.

Sobre la clave del género, reflexiona que “lo bonito es la libertad que te proporciona. Puedes correr en cualquier dirección, con la condición de no ponerte estupendo. Lo que atrapas es muchas veces lo que te cae; has de estar, por tanto, muy atento”. Un ejemplo, el cartel del loro perdido que “atiende por Kosita”, necesita “dieta especial” y es indispensable “en terapia depresiva de un familiar”. Otro: “Este no es barrio de guisantes”. Otro más, una gitana en la Seguridad Social: “La niña, que tiene escocío el regocijo”.

Aborrece Ordóñez “esos dietarios en que la mitad es ajuste de cuentas”. Para él es fundamental entretenir, ofrecer algo de humor “y pillar un poco de belleza”.

En *Una cierta edad* abundan los amigos del autor (Lady Especter, la Sardà, Mario Gas, Shakespeare, la gata Rosalía), muchos desaparecidos (Anna María Moix, Rosa Novell, Anita Lizarran). “Alguien dijo que, a partir de cierta edad, caminas en dos lugares, el presente y el pasado, continuamente te va la memoria hacia atrás y ahí están ellos, los que se han ido”, relata.

Marcos Ordóñez se marcha dejando tras él un reguero de historias y de frases en las que resuena su voz cavernosa, a lo Constantino Romero. A recordar desde la primera del libro (de su querido Ennio Flaviano), “la situación es grave pero no seria”, hasta la penúltima (suya), “tres señales indicativas de que el día, pese a todo, ha sido bueno: si he atrapado un momento de belleza, si he reido con alegría al menos una vez y si he podido decir: ‘Bueno, creo que tengo un borrador, mañana lo paso a limpio’”. La última es: “Buenas noches. Feliz año nuevo”.